

Los tiempos políticos no son los tiempos de los políticos

Alfredo Acle Tomasini©

El escenario actual, literalmente escenario, de la política mexicana nos invita a imaginar que estamos presenciando una obra surrealista en la cual se mezclan dos planos y donde uno es la caricatura del otro. Discutimos la reforma política cuyos objetivos son fortalecer al ciudadano y facilitar el desahogo de la agenda pública. En paralelo, conocemos de acuerdos donde se transa un bien público: aprobar el monto y destino del dinero que todos hemos aportado, a cambio de un bien privado, despejarle a un partido el camino para ganar las elecciones en el estado de México. Y si esto fuera poco, los mismos que dóciles acceden a la retirada, terminan metidos en la cama del partido de enfrente.

Ante estos extraños convenios resulta paradójica la afirmación de que nuestras actuales estructuras y procesos democráticos no facilitan los acuerdos y por ello, cuanta reforma pasa por el Congreso termina por convertirse en una versión descafeinada y tardía de la intención original, o simplemente ni siquiera se llega a plantear porque se asume la derrota anticipada. Por ello, con base en lo que estamos presenciando, cabría preguntarse si este diagnóstico es el correcto ¿El problema de nuestra democracia está en sus instituciones y reglas, o es que la talla y el talento del factor humano no alcanzan? ¿Puede la reforma prestar, lo que natura no da?

El estado mexicano, como ocurrió en muchos países, se constituyó a partir de la división del poder público en tres - el ejecutivo, el legislativo y el judicial - con la finalidad de crear un sistema de pesos y contrapesos. Hasta 1997, un solo partido logró mantener el control de los dos primeros. Rasgo intrínseco del presidencialismo que hoy execran nuestros políticos, pero cuyas mayorías en el Congreso Federal no sólo añoran, sino que la falta de ellas es hoy día la justificación donde quieren esconder su incapacidad profesional para actuar en una realidad que ya tiene cinco legislaturas y que no va cambiar en las siguientes.

Otras naciones avanzan al margen de si el partido en el gobierno tiene o no la mayoría en sus congresos o parlamentos. Sus políticos saben alcanzar acuerdos. Se pueden hablar y se escuchan aunque no coincidan, a riesgo de que en las urnas terminen echándolos. Lo que estamos viendo en México, en otras latitudes hubiera implicado la caída de un gobierno y si no, la de muchas cabezas. Aquí, ni siquiera se sonrojan, aunque a los ciudadanos nos llene de vergüenza como nos pasa cuando vemos en la Cámara payasadas y tomas de tribuna, que pintan de cuerpo entero la precaria cultura parlamentaria de nuestros legisladores.

En nuestra realidad, proponer que algo sea ratificado por el Congreso, quiere decir que lo será por las cúpulas de los partidos. Usted se imagina cómo se conformaría el gabinete de aceptarse que el Congreso lo ratifique. Ahí están de los consejeros del IFE o los llamados consejeros profesionales de Pemex cuya designación terminó por convertirse en regateo de cuotas partidistas. ¿A quiénes reportarían esos secretarios ¿Al presidente o los líderes de sus sendos partidos? Si hoy se trueca presupuesto por alianzas ¿Qué se pediría por una o varias secretarías de estado? ¿Cuánto por la de Hacienda? ¿Quién da más?

La sociedad reclama el letargo. Algunos miembros del Congreso responden que están trabajando y que si se le juzga mal es porque no han aprobado las reformas que pide el gran capital. Curiosa respuesta que ignora las encuestas, esos instrumentos que tanto veneran los políticos cuando les favorecen durante las elecciones, y que señalan el hartazgo del ciudadano por su inoperancia. Y no porque lo diga un personero de la plutocracia, sino porque una buena parte de la sociedad siente que lejos de avanzar retrocedemos.

Los tiempos políticos son los del ciudadano que diariamente busca atender sus necesidades y que se siente preocupado por cosas que no puede resolver y que afectan su vida. La mayoría no entiende de economía, pero ve como se alarga la cola de jóvenes en espera de un empleo, haciéndolos presa de la delincuencia y como el avance de ésta termina por coartar la libertad de todos. Tampoco sabe ni de leyes, ni de política pero tiene la inteligencia suficiente para reconocer como la ausencia de valores abona pactos vergonzosos y la muda cínica de partidos.

El tiempo de los políticos es muy distinto. Su ritmo lo marcan las elecciones y su éxito no se mide por los problemas resueltos sino por la longevidad de la carrera. Su habilidad consiste en entender el compás de los trapecios y agradar a quienes los controlan.

Los tiempos políticos son la vida entera de un pueblo; los tiempos de los políticos son tan efímeros como ellos.

alfredo@acletomasini.com.mx